

es sueño, ese verbo calderoniano tan tajantemente categórico, Vicente Aleixandre acude a otras fuentes y a su poema «El poeta se acuerda de su vida» le pone un verso de *Hamlet* shakesperiano como aclaratoria visión de la incertidumbre, lo de «Vivir, dormir, morir: soñar acaso», y surgen metamorfosis entre el verbo ser y el adverbio acaso, el universo se encauza entre el sí y el no y el puede ser; fallos de la memoria, la angustia y los llamamientos, el poema en zozobra:

*Perdonadme: he dormido.*

*Y dormir no es vivir...*

*Vivir no es suspirar o presentir palabras que aún nos vivan.*

Insistencia de oscuridades, fluye la noche y también el día, «la noche es larga, pero ya ha pasado», sueño es vivir o, acaso, sólo soñar. El corazón asediado, a ratos pesaroso y algunas veces feliz y en plenitud de gozos, poesía en la justificación de sus susurros, desde dentro hacia fuera, y desde fuera hacia dentro, interpenetración y diálogo en la palabra solitaria y solidaria, mortal testimonio y mortal unanimidad, lo variado, lo difuso, la oscilación en los versos finales del poema citado, «Felicidad, no engañas», ese dualismo del final, memoria y olvido.

La madurez sin azar sospechoso, madurado sentir en crónicas dedicadas a realidades activas de poetas, el corazón con sus pinceladas captadoras de lo que se mueve y vibra y se consume, el poeta como retratista acertado, versos o prosa con sensibilidad impresionista e impresionada por lazos comunicativos y solidarios, al fin y al cabo todo redundando en ciencia de existir, de seguir viviendo y de seguir recordando, siempre en paisajes vividos y asumidos, biografías sucesivas en lo cotidiano o en lo soñado, referencias de objetivación o de ensimismado subjetivismo, poema conciso o disuelto en más estrofas, la erosión del tiempo en sentir y conocer y anudarse a los demás, los poetas en retratos y encuentros, siempre lo encontrado, lo hallado, porque se buscaba siempre, hallazgo de convergencia de sensibilidades, la poesía en ósmosis constante, transvase y transmutación de lenguaje definidor, palabra lírica por excelencia, lo generalizado, algo que es de todos los poetas, y lo particularizado, algo que corresponde específicamente a este o a aquel amigo de las batallas socioliterarias, una ambición de que se detenga el destino, acaso la desesperada llamada de Lamartine, ese anhelo azorado y tembloroso, «Oh tiempo, que tu vuelo cese», y es hermosa la obstinación de hablar de amigos, aunque sea sin suspirar, el empleo proustiano de la noción temporal de las cosas, las vivas en primer lugar,

lo que vemos y conocemos es nuestro itinerario, nuestro destino, retratos fechados en la memoria, en la memoria del corazón, palabras con función de vestigios, huellas del universo lírico, vida concreta de cumpleaños o de homenajes o tan sólo para expresar las ganas de comunicarse del poeta evocador, Aleixandre rodeado de imágenes entrelazadoras y hasta arborescentes en sus evocaciones, seres de movimiento en la prosa o en el verso fijados y nunca fijos o yertos, materia animada de la poesía, y si se nos dice que «Morir es olvidar palabras...» (17), también puede uno pensar otro derrotero, en mi creer es otro caminar, dando fe al afán de recordar y metamorfoseando ese verso con lo sumamente rico en experiencias de conocer y apetecer sueños, trabazón de vivencias y motivaciones de la memoria, dándole a ese verso otras alas y en presencias amplia y fraternamente sentidas, podría ser algo así como *vivir es recordar palabras*, no el vivir presintiendo palabras que puedan sobrevivir, sino haciéndolas carne de días y años, carne mortal y lírica de la dramática de vivir y morir, adecuada dialéctica expositiva de lo que buscaba e intentaba el poeta respecto a encuentros y retratos; la palabra en su sitio, algo machadianamente incluso, vivir en recuerdos y sintiendo que se combate y se forja una oposición al morir olvidando. El poeta y sus querencias, no puede ser de otro modo. El conocimiento de la memoria, ir hurgando en lo efímero y en lo evanescente, las vicisitudes anhelantes y hurgadoras de la vida.

No hay postes fronterizos en *Retratos con nombre* y en las otras series de poemas que evocan a los poetas. Holgura y ansiedad que sí se ve en la «Nota preliminar» al libro *Los encuentros*: «Muestran estas páginas un conjunto de semblanzas personales alusivas a algunos de los poetas españoles que yo he conocido a lo largo de mi vida... Las evocaciones... intentadas a una luz temporal: arraigadas precisamente en un "aquí" y en un "ahora", cruce del encuentro, noble palabra...» El poeta recordador, y sus recuerdos que se unen en convergencia de lo conocido y de lo desconocido, semblanzas personales y sólo muy excepcionalmente la semblanza de simbólico anonimato. Síntesis de lo generalizado, de lo particularizado, y de lo desconocido. Ramificaciones generosas del arbolado hermosamente aleixandriano. Memoria auténticamente viva y poematizada. Identidad de palabras esenciales en los recuerdos. Retratos de señas de identidad:

*Hoy tu nombre está aquí. No decirlo, no decirlo jamás, como un beso que nadie daría, como nadie daría los labios a otro amor sino al suyo* (18).

(17) Cfr. el poema «Las palabras del poeta», de *Poemas de la consumación*.

(18) Cfr. el poema «Nombre», de *Historia del corazón*.

Amor aleixandriano, amor en la memoria tenazmente fiel y solitaria.

Bondad y simpatía de la memoria, los poetas siempre por medio, lo amistoso como correlación y enlace de humanización (hasta, si cabe, de rehumanización), la clara cortesía aleixandriana empezó recordando «lógica y lisamente» diríase, a los poetas del grupo generacional del 25-27. El desfile, tanto en las prosas situadoras de *Los encuentros* como en las estrofas de «Retratos con nombre», es aleccionador: ahí están Dámaso Alonso y Jorge Guillén, Rafael Alberti y León Felipe, Pedro Salinas y Emilio Prados, Federico García Lorca y Manuel Altolaguirre, Gerardo Diego y José Moreno Villa. Viejas y constantes amistades con la belleza emocional de un arco iris. Fiel acompañamiento de las antologías totales del corazón, memoria personal en sus fragmentos poemáticos. El poeta homenajeador, dando a la palabra su función socio-ética de poema límpido. Es lo que conviene subrayar y abandonándose todo amor suicida, dependencia e independencia de signos, el poema que emerge y sin necesidad de que el grupo generacional fenezca; eso es muy marginal, y Vicente Aleixandre dio conmovedoramente a sus textos de recuerdos la verdad del paisaje y la verdad del hombre. Actitud individual con atmósfera temporal y hasta mortal de una época. (Que, asimismo, reverdecerá en otros retratos y semblanzas al referirse a poetas y a algunos narradores de fases históricas más recientes de las letras españolas.) Lo vivamente deseado, lo apasionadamente expresado.

«En la meseta» está Jorge Guillén. Castilla en la cumbre y en lo llano, aletear de lo paramerano. Amplitud serenamente recogida:

*Yo recuerdo algún día verle, cuando la tarde duda  
—mas dudar no es posible. Cuando la tarde, afirmación cumplida,  
se hundía despacio, ciertamente grave, medida...*

.....

*Composición, armonía, la lengua  
humana rozó aquí un cenit, correspondiente  
al mediodía, en la esfera que no se aflige y rueda  
sobre los ojos, donde entero se copia el son profundo.*

.....

*... —siempre el hombre—,  
sobre extensión total, en orden último.*

Y en recalcado verso de definiciones, el grafismo atinado se redondea aún más:

*Si le miráis de cerca, sentiréis cómo luce  
una frente desnuda —apenas pelo breve en cima fina.  
Erguido aún, porque, delgado siempre, puja hacia arriba, hacia luz y medra.*

*Y sobre el fondo ilustre de meseta, el cielo  
coronador, el viento fiel, la norma  
hecha de sol en puridad, y soplos  
—oh maravilla— de esta luz completa.*

(OC, p. 981.)

Los años, vivir, encanecer, corroborándose cuanto mis propias charlas con el poeta vallisoletano han ido plasmando, Niza, Málaga, París, y se ve en las fotos que mi hijo nos sacó, ante los ojos las tengo mientras escribo, todo es enfoque exacto, y la prosa aleixandriana se muestra apropiada en su dibujo: «Jorge, un poco menos afilado de carnes. Un poco más cargado, y no de sueño; como si la realidad, ahora con gravamen, le hubiera dejado una huella sobre los hombros. Un poco más desnuda la frente; el pelo, algo cambiado de color, con alguna hebra gris de luz que la tarde hubiera abandonado sobre la cabeza» (OC, p. 1184).

Lo guilleniano y lo aleixandriano, en miradas antípodas del que-hacer poemático, unidos por recuerdos en lo meseteño, actualizada y revivida amistad en la voz de la cordialidad, lo que de veras se es y se siente.

Dámaso, Dámaso Alonso, muchos años de paralelo caminar y de sueños poéticos, la angustia en tiempo bélico y posguerra dura e interminable, Dámaso:

*Los ojos, grandes, ojos  
que parecen tentar...  
... ..  
Este que aquí miráis  
sus ojos abre. ¿Veis? Es la luz,  
la misma luz que redentora sube  
desde el niño...*

(OC, p. 1009.)

Pasiones, largo y lento encaminamiento del vivir en comunión con la naturaleza y cuanto existe, la explicación de una poemática con afán de libertad. Al amigo de siempre, a quien escribió cosas hermosas y emocionantes como el poema «Mujer con alcuza», en rebeldía de incendiada palabra, le escribe Vicente Aleixandre desde Miraflores de la Sierra, y recuerda la trayectoria de amistad: «Tú que me conoces bien, sabes que soy el poeta o uno de los poetas en quienes más influye la vida... En el fondo no es más que el ansia de unificación... Todo esto de mí lo sabes tú bien...» (OC, p. 1560). Aventuras intensamente proseguidas, y muy recordadas en prosa de

*Los encuentros*, silueta damasoalonsiana «sobre un paisaje de juventud», vida que no rechaza nada de lo humano y del paisaje, armonía, «con una armonía de hombre natural que Dámaso ha conservado siempre» (OC, p. 1198).

Hay una evocación dolorosa, la del granadino García Lorca. Siempre que hablamos, siempre surgía la herida sin cerrar que supuso la muerte del granadino, y con el mismo dolor que más tarde sintió respecto a la muerte de Miguel Hernández. Vicente, sumido en la consternación. ¿Por qué, por qué matar a Federico? Las ondas glaciales de un verano llameante, y dos versos miguelhernandianos, precisamente, pueden grabarse en la lápida de la poesía mutilada:

*Muere un poeta y la creación se siente  
herida y moribunda en las entrañas.*

Así se sintió Aleixandre, como moribundo, con su vulnerabilidad a flor de sentimientos. Tuvo que darle rienda suelta a sus acendradas realidades de dolor y recuerdos. Véase: «¡Qué viejo, qué viejo y qué "antiguo", qué fabuloso y mítico!... Su presencia, comparable quizá sólo y justamente con el tifón que asume y arrebató, traía siempre asociaciones de lo sencillo elemental. Era tierno como una concha de la playa. Inocente en su tremenda risa morena como un árbol furioso. Ardiente en sus deseos, como un ser nacido para la libertad... Su corazón no era ciertamente alegre. Era capaz de toda la alegría del universo; pero su sima profunda, como la de todo gran poeta, no era la de la alegría. Quienes le vieron pasar por la vida como una ave llena de colorido, no le conocieron. Su corazón era como pocos apasionado, y una capacidad de amor y de sufrimiento ennoblecía cada día más aquella noble frente. Amó mucho, cualidad que algunos superficiales le negaron. Y sufrió por amor, lo que probablemente nadie supo» (OC, p. 1207). Insístase en la estampa directa y emocionada que no puede escabullirse aunque quisiera, presencia estancada y que *Los encuentros* nos restituye: «Recordaré siempre la lectura que me hizo, tiempo antes de partir para Granada, de su última obra lírica, que no habíamos de ver terminada. Me leía sus "Sonetos del amor oscuro", prodigio de pasión, de entusiasmo, de felicidad, de tormento, puro y ardiente monumento al amor, en que la primera materia es ya la carne, el corazón, el alma del poeta en trance de destrucción. Sorprendido yo mismo, no pude menos que quedarme mirándole y exclamar: "Federico, ¡qué corazón! Cuánto ha tenido que amar, cuánto que sufrir". Me miró y se sonrió como un niño...» (OC, p. 1210). Por los labios de la memoria iban fluyendo